

El libro de la semana

Relatos sin fronteras

Antonio Pereira es un señor al que le hubiera gustado ser conductor de coche de línea, tal vez para pasarse los días viajando, que es precisamente lo que más le gusta hacer. Sin embargo, a pesar de esta vocación aventurera, cuando se le nombra es casi inevitable oír añadido al suyo el nombre de su patria, León, lugar famoso por sus excelentes embutidos y donde también se pueden encontrar un buen puñado de escritores de pata-negra (Julio Llamazares, José María Merino, etc.). Lo curioso del caso es que ni a Antonio ni a ningún otro de éstos les ha hecho falta viajar para ser escuchados y reconocidos en el mundo de las letras, justo lo contrario de lo que les ocurre a otros escritores de otras provincias, que se piensan que si no viven en una ciudad con metro no tienen nada que hacer en el mundo de la pluma.

De todos modos, y puestos a buscar excusas para estos últimos, algo de culpa puede tener el hecho de que existan ediciones como ésta de "Relatos sin fronteras", una obra editada conjuntamente por la Junta de Castilla y León y Caja Duero. Fruto de este acuerdo se imprime una colección, "Barrio de Maravillas", compuesta por libros como éste, con hojas de las gorditas y con una agradecida generosidad en márgenes y tamaño de letra. Vamos, lo que se dice una edición de bandera y a un precio que, por lo barato, no hace méritos ni al continente ni al contenido. Pero todavía queda lo más curioso del caso: ir a una librería de Pamplona y encontrarse esta obra a la venta. Bueno, no debería de haber nada de increíble en ello, pero lo cierto es que estos libros pagados por instituciones más o menos públicas corren el riesgo de terminar criando polvo y gusarapos en los sótanos de cualquier sitio.

Éste, desde luego, no es el caso, sino más bien todo lo contrario. Esta colección parece ser una promoción eficiente de los autores que la constituyen, si es que necesitan promoción. A Antonio Pereira, precisamente, no es que le haga falta mucha, y eso que eligió bailar con la más fea. Ha escrito libros de poesía, ha escrito novelas, pero su trabajo más reconocido y esforzado lo ha llevado a cabo como autor de relatos, que es un género esforzado como ninguno pero nada o muy poco reconocido. En "Relatos sin fronteras", se recopilan cuentos aparecidos en obras anteriores junto con otros inéditos, agrupados todos en torno a un motivo que se

repite en la mayor parte de ellos: la presencia de lo extranjero, de lo exterior como elemento atractivo y evocador. No obstante, los cuentos no constituyen una recopilación de peripecias variopintas y extravagantes, sino más bien testimonio del asombro del autor ante la realidad de cada día. Parece como si Pereira pudiera sacarse un cuento de cada cosa que ve: una mujer sentada delante en una conferencia, una visita a un oculista... Vaya, que responde perfectamente al tópico del escritor como ser que ve lo que todos pueden ver, pero que encima va y lo cuenta.

Y en eso precisamente consiste su oficio, lo que mejor hace: contar y contar... Contar historias en primera persona, y contarlas tan bien que más que leer parece estar escuchando a ese conocido que todos tenemos y que tanta gracia tiene narrando las cosas que le han pasado o ha visto. Es como si en vez de en casa, leyendo en un sofá, estuviéramos enfrente de un café humeante escuchando su charla... Pero sin engañarnos, porque esa naturalidad del lenguaje, toda esa aparente espontaneidad es, en realidad, fruto de un artificio muy cuidado. El mismo cuidado que se puede rastrear en el tratamiento del género, cumpliendo a rajatabla eso de que "el cuento debe ser breve, intenso y capaz de sostener el interés durante la lectura y de sorprender al acabarla", como dijo Ricardo Gullón.

Después de leer cuentos como éstos, lo mismo que después de tomar un café con ese amigo especial, a uno se le quedan las ganas de volver al género, de releer lo ya leído. Y quien no se convenza, que pruebe a acercarse a una librería, abra este libro y se lea cualquier cuento de los que contiene, por ejemplo, *Obdulia, un cuento cruel*. Probablemente podrá acabarlo antes de que el librero empiece a mirarle con ojos torvos, o puede que tal vez prefiera acabarlo en casa, o enfrente de una taza de café con un amigo...